¡TRAIDOR!

—¡Ninay[73]!... ¡Ninaaay!

Desde lo alto de la loma, donde tenía enclavada su casa, llamaba el viejo Andoy[74]. Su voz todavía recia, de pulmones robustecidos por los espacios libres, iba rodando, rodando río abajo con una vibración de expansivas alegrías.

—¡Ven acá, Ninay!... ¡Pronto, Ninay!...

Ninay se estaba frotando la cabeza con el *gogo*[75], donde las hojas de *kadling*[76] habían dejado su intenso perfume. Así, la cabellera espesísima, negrísima tal que jirón de tinieblas arrancado de una noche, se tendía sobre los hombros, sobre las espaldas, sobre todo el cuerpo que emergía, en un alarde de curvas, de las aguas del río. Sobre las rocas vecinas, blanqueaban las ropas recién lavadas.

Bueno, tenía que renunciar por hoy al baño. El viejo llamaba apremiante, y cuando así llamaba algo grave debía ocurrir. Rápidamente y mirando a todos los lados, no fuese a sorprenderla alguno en íntimas desnudeces, se desprendió del *tapí*[77], se enfundó en una camisola a cuadros rojos y verdes, se lió a la cabeza a modo de turbante la toalla, y a saltos fue ganando la cuesta que conducía a la casa.

Pero no llegó a ella, porque a mitad del camino le salió al

[73] *Ninay*, *nanay*, *nay* son palabras tagalas usadas para llamar a una madre, equivalentes a mamá. En este cuento, al tratarse de una chica joven soltera es más un apelativo cariñoso para la que hace el papel de madre en la casa.

[74] *Andoy* es el hipocorístico de Fernando.

[75] El nombre científico del *gogo* es *Entada Phaseoloides*, una planta enredadera del bosque que se encuentra por toda Filipinas. Las cortezas de esta planta se remojan en agua y después se extrae su jugo, así restregadas en la cabeza actúan como champú. Su ingrediente más activo es la saponina, que tiene las propiedades naturales de curar el eczema y prevenir la caspa.

[76] Se trata del pachulí, una planta aromática muy usada en perfumería. Su nombre científico es: *Pogostemon patchouli*. Sus flores son color rosa morado con muchos folículos. Se encuentra en las islas de Luzón y Visayas sobre todo en las laderas remotas. Tiene muchas propiedades medicinales.

[77] Cualquier tipo de tela que usan las mujeres para cubrirse después del baño o para proteger sus ropas mientras trabajan.

encuentro, el viejo Andoy. Desde lejos aún, éste le gritó la noticia:

—Fernando, Dandoy[78]… ¿sabes? Dandoy viene dentro de esta semana... Me lo anuncia en esta carta...

De un salto, Ninay se plantó a su lado y arrancó de sus manos la carta. Se enteró, en un segundo, del contenido.

—Sí, ¡viene, viene Dandoy !... ¡Oh!...

Volaron al aire el *tapí* chorreando agua todavía, el *tabo* pulimentado de cáscara de coco, la batea de ropas recién lavadas, y Ninay, borracha de alegría, se abrazó al viejo, lo zarandeó bárbaramente, y luego, con los brazos en alto, fue dando vueltas en su redor en una danza loca e indescriptible, en la que su cuerpo espigado parecía convertirse en docenas de cuerpos girávagos[79]...

—¡Viene, viene Dandoy! ...

II

Fernando, Dandoy, era el hijo del viejo. Cinco años antes, había partido, enamorado de los viajes y de las aventuras. Se metió de fogonero en unos barcos, de marinero en otros, y a veces, cuando no podía ser ni lo uno ni lo otro, se colaba en un rincón cualquiera, en el fondo de un bote, o en la cueva de las bodegas, y se dejaba llevar así de su espíritu inquieto y andariego, sufriendo hambres, privaciones, angustias indecibles. Desde Barcelona, desde Marsella, desde San Francisco, desde todos los puertos llegaban sus cartas, breves postales apenas, donde iban trazados un saludo y una leve indicación de su itinerario: "voy a París", o bien "voy a Barcelona", "voy a Bruselas"…

Y he aquí que de repente llegaba esta carta, más larga que las otras, en la que comunicaba al viejo su deseo de volver al *barrio*, porque "cansado de sus correrías por el mundo, soñaba en la paz y

[78] *Dandoy* es otro hipocorístico de Fernando.

[79] Esta palabra se utiliza aquí en su sentido etimológico, como un adjetivo para referirse al movimiento giratorio o en círculos que aporta el prefijo ´giro-´. La ironía de este término aplicado a Ninay reside en que Fernando, aquel a quien esperan, es el verdadero girávago de este cuento.

tranquilidad de un hogar" y que guardaba para ellos "una sorpresa"…

—¿Oyes, Ninay?... sueña en la paz y tranquilidad de un hogar... Nos reserva una sorpresa…

Y el viejo se sonreía, malicioso y bonachón, en tanto que Ninay se ponía roja, como las flores de las *gumamelas* que flanqueaban la vereda.

—Yo —añadió aún el viejo— adivino la sorpresa…

Ninay huyó, río abajo, sin saber qué hacía, sólo pensando en que pudiera ser la realización de sus sueños aquella sorpresa. Porque ella, Ninay y él, Dandoy, se querían, se habían querido...

Se puso a recordar.

Ella había quedado huérfana a los siete años, y el viejo, que lloraba una viudez reciente, la recogió piadoso. Desde entonces, ella y Dandoy fueron compañeros inseparables y juntos saborearon el encanto de las vidas libres. Unas veces era el internarse en los barrancos, en busca de flores, otras era el arrastrarse hasta la meseta de roca en el pico, para recibir en ella tendidos, la caricia del sol. Jugaban también a los amores, y un día el juego se convirtió en realidad. Y desde entonces se amaron locamente, libremente, a la sombra de los cocoteros, sobre la alfombra rubia de los *palayales*, en las márgenes floridas del río que tejía, cantando, velos nupciales de espumas...

Era un sueño la vida. Hasta que de pronto, y una tarde en que el crepúsculo ponía su trazo de fuego en los horizontes, él, de repente, sin preámbulos, le espetó la tremenda noticia:

—Ninay, me marcho a tierras lejanas...

Y Dandoy se marchó, dejándola desamparada...

■■■

En tres días, quedaron brillantes como espejos las *cañas* del suelo, de los pasamanos, hasta del *batalan*[80], donde se guardaban los cántaros

[80] Estructura de bambú sin techo a modo de plataforma construida al lado de la casa, casi siempre cerca de la cocina, que se utiliza para lavar o tomar un baño con el tabo.

de barro y las ollas ennegrecidas de hollín. De viga en viga, se tendieron guirnaldas de hojas de *banay-banay*[81], cuya monotonía verde rompían con una nota blanca las estrellas de los rosales. Y como en días de fiesta, la bandera nacional con los bordes deshechos en flecos desiguales por los años, flameó sobre la puerta con la triple alegría de sus colores...

Fue Ninay quien, hacendosa y enamorada, supo hacer el milagro de rejuvenecer, con hojas y flores, la casita perdida entre platanares y cocoteros en lo alto de la loma. En aquellos tres días, río abajo y cuesta arriba, estuvo trajinando sin cesar, con haces de helechos bajo el brazo a veces, a veces con una cesta sobre la cabeza, rebosando amapolas y campanillas.

Y el viejo Andoy sonreía, sonreía malicioso y bonachón, y a veces soñaba, un poco triste, bajo el abrumo de unas añoranzas de dichas pérdidas. Era esta misma casita; era una santa mujer que hacía de él y del hogar los dos únicos cultos de su vida; era la muerte que se la llevaba, dejándole como único recuerdo de su cariño, un hijo, y era, por fin, su propia juventud que se ajaba, que se esfumaba en la lejanía de los años... Y el viejo Andoy entonces se pasaba el dorso de la mano por los ojos para enjugarse unas lágrimas furtivas y se iba por no profanar la bendita alegría de esta Ninay con la tristeza de su alma que se desbordaba, rota en sollozos.

IV

La casa se llenó de parientes, amigos y vecinos. Aquella misma tarde iba a llegar Dandoy y habíalos atraído la curiosidad de ver de nuevo al viajero, a quien muchos sólo recordaban de chiquillo. ¿Cómo sería? ¿Traería muchos recuerdos de sus viajes? ¿Tendría preparado para todos y cada uno de ellos el debido *pasalubong*[82]?

[81] *Banay* es el nombre que reciben las hojas secas del *anahaw* cuando se utilizan para decorar en los rituales y fiestas. Se trata de la palma cuyo nombre científico es *Livistonia rotundifolia* Lam. Además de sus usos decorativos, sus nueces y hojas son comestibles.

[82] La raíz de esta palabra en tagalo es *salubong* que significa dar la bienvenida, y *pasalubong* es un

Mang Asiong[83], un viejo que en su lejana mocedad llegó en sus andanzas hasta Manila podía lucirse.

—Ese chiquillo habrá llegado a América y quién sabe si hasta África...

—¡África! Y ¿dónde está África?

—Está, pues está... al lado de América. Vamos como quien dice ¡vecinos!

Alguno se atrevió a comentar:

—Y de seguro que habrá estado en Roma, a recibir la bendición del Papa.

Mang Asiong miró con desdén por encima de los hombros al que así había hablado. Luego, para aplastarlo más con su desprecio, eructó salpicando a sus vecinos con *buyo*. Dignose después de eso, contestarle:

—Quita ahí hombre... Roma está muy lejos, en la punta de la tierra. Y al Papa, en todo caso, sólo lo ven los Obispos.

—¡Ah! ¡Es verdad! —comentaron los demás.

En tanto, Ninay tenía que aguantar el continuo tiroteo de bromas de sus amigas. Que si debía sentirse muy feliz, que si había sabido conservarse fiel, que si lo uno, que si lo otro. La más traviesa, *Canding*[84], hasta se atrevió a decir en voz alta:

—¿Quién apuesta a que dentro de un mes tendremos una gran fiesta? —y dirigiéndose con toda la malicia de sus ojos negros a Ninay, le ofreció:

—Si hace falta una madrina, ya sabes, estoy a tu disposición...

De pronto, al rumor de las bromas y de los comentarios, se sobrepuso una voz que avisaba desde abajo:

---

regalo que trae alguien, amistad o pariente, que llega de fuera. Esta práctica está muy extendida y es muy relevante en la sociedad filipina, ya que implica que se ha recordado a la persona a la que le ofrece el presente.

[83] *Mang* es un término para mostrar respeto hacia una persona mayor. *Asiong* es un hipocorístico de Atanasio. *Mang Asiong* equivale a decir Señor Atanasio.

[84] En Filipinas se emplea como apellido y como apelativo cariñoso. Además se puede identificar con 'cabra', cuyo término en bisaya es *canding o kanding*, mientras que en tagalo es *kambing*. Un apodo que Laygo quiso utilizar para esta chica a quien califica como "la más traviesa".

—¡Ya viene!, ¡ya viene!...

Se abalanzaron todos a la puerta, a las ventanas. El Viejo Andoy, olvidando sus años ganó, de un salto, la tierra. Ninay, aturdida, loca, sólo se acordó de hacer lo que hacen todas las mujeres en los grandes instantes: echarse a llorar. Luego, para ocultar su llanto, y acaso para prolongar el dulce martirio de la espera, se metió en el único cuarto de la casita. Por un hueco, que dejaban visible las hojas de los plátanos, se veía avanzar una carretela. Desde aquella distancia, sólo se veían bultos —maletas probablemente— entre los que parecía ahogarse el cochero. El pobre jamelgo, muerto de fatiga en la difícil carrera por barbechos y hondonadas, avanzaba trabajosamente el cuello, acusando bajo la piel la trabazón de sus costillas.

Por las rendijas abiertas en el tabique de *sawale*, Ninay vio desde su escondite, un poco vagamente por las lágrimas que le empañaban la vista, como Dandoy, el Dandoy de siempre, moreno, sonriente, un poco delgado, vestido de negro, saltada ágilmente de la carretela y se abalanzaba a su padre, con los brazos abiertos, gritándole con toda su alma: "!*Tatay*!... ¡*Tatay*¡..."[85]. Los vio confundidos un momento en un amplexo irrompible, unidos por el imposible deseo de resarcirse de los años largos de ausencia. Luego... ¡horror de los horrores! ¿Por qué no fueron de fuego sus lágrimas para que escaldasen sus ojos, para que la dejasen ciega en la trágica intensidad de este momento? Vio como Dandoy, feliz, orgulloso, pavoneándose ante la estupefacción de todos, ayudaba a bajar de la carretela a otra persona, una mujer, escandalosamente blanca, escandalosamente rubia, que saltó, enseñando entre el revuelo de las faldas sus corvas, y miró a todos, a Dandoy, primero, al viejo Andoy, después, luego a los demás, con ojos de extrañeza, con ojos de asombro, con ojos que también acusaban una enorme, tremenda desilusión...

Y para completar su martirio de un golpe, todavía llegó a los oídos de Ninay la voz de Dandoy que decía:

[85] Del tagalo: padre.

—Es *Helen*... *Helen*, mi esposa desde hace seis meses... Esa era la sorpresa que os reservaba...

Luego, Ninay ya no vio nada, ya no oyó nada. Por las rendijas, por las ventanas penetraron unas tinieblas espesísimas que le envolvieron el alma, el cuerpo, todo su ser en una total inconsciencia de todo. Sólo creyó sentir que rodaba, rodaba, por una pendiente sin límites, sin fondo, envuelta en sombra, donde surgían a veces, como estrellas fugaces, paisajes truncados... La meseta rocosa en el pico... floridos *palayales*... el río... luego, la casita sobre cuya puerta flameaba una bandera de gigantes proporciones...

Pero antes de entrar en plena bancarrota la razón, pudo Ninay concentrarse toda entera en un supremo grito que repercutió hasta el río:

—¡Traidor!... ¡Traidor!